

EL MUERTO ÁLEGRE

El cementerio de La Guaripa. "La zafra del dolor profundo".
Tantas vueltas que da el mundo, que tan sólo Dios lo sabe...

El ataúd llega antes del amanecer. Entonces se transforma el ambiente, porque algo parece indicar a la gente de La Sierpe que lo que proporciona a la muerte una dimensión de pavor, no es propiamente el cadáver, sino la caja mortuoria que el carpintero de La Guaripa fabrica a la carrera, con tablas mal claveteadas y sin cepillar, cada vez que de los pantanos surge un hombre con una sogá cortada a la medida del muerto. A cualquier hora del día o de la noche en que un mensajero de La Sierpe toque a las puertas del carpintero de La Guaripa, el hombre se levanta dispuesto a trabajar, pues sabe que por muy diligente que sea el mensajero, quien está necesitando el ataúd tiene por lo menos seis horas de estar tirado en un rincón, pudiéndose entre los cerdos y las gallinas.

No siempre ha sido el hombre que viene por el ataúd lo suficientemente veloz como para no cruzarse en el camino con otros mensajeros que viajan a La Guaripa en busca de más ataúdes. El aguardiente que se consume en La Sierpe produce una embriaguez de mala índole, cuyas consecuencias no son en todos los casos el convencional dolor de cabeza y el malestar

del día siguiente. La intoxicación y la reyerta pueden poner también sus velas en el entierro, si la tardanza del ataúd prolonga los festejos hasta las horas de la mañana. Sólo una vez colocado el muerto dentro de la caja, la gente recoge sus mesas de juego y sus ventorrillos y regresa a sus casas, para volver a la de los dolientes nueve noches después, a repetir la fiesta.

El cementerio de La Guaripa

Por tradición, los muertos de La Sierpe son enterrados en La Guaripa. No es preciso llenar los formulismos del registro civil ni solicitar permiso para ocupar el cementerio. Allí están, apiñados e indiscriminados bajo un montón de cruces, hombres, mujeres y niños anónimos, víctimas de la malaria y la disentería. O los cuerpos hinchados y deformes de uno por cada diez mordidos de serpiente. Sólo los cadáveres de los ahogados o los muertos a machetazos no reposan en el húmedo y estrecho cementerio de La Guaripa. A los primeros se les deja insepultos, para solaz de los gallinazos, porque la del ahogado es muerte impura en el extraño código moral de La Sierpe. A los segundos los sepulta quien los encuentre en el camino, después de cavar un hueco donde pueda reposar el cuerpo sentado.

"El largo viaje de regreso"

El cadáver es acompañado hasta La Guaripa por hombres y mujeres voluntarios, que lo hacen por afecto al muerto, por consideración a sus dolientes o, simplemente, por seguir adelante con la fiesta. El ataúd es amarrado a cuatro palos y transportado en hombres a través de los pantanos, por los senderos menos profundos, de manera que el agua no le vaya a los

conductores más arriba de la cintura. Al cuerpo lo sigue un cortejo de hombres cargados con calabazos de aguardiente y de mujeres con niños y animales, que aprovechan la compañía para hacer compras en La Guaripa. Pero el viaje dura el doble que uno normal, pues es viaje con prolongadas estaciones, en el que vuelve a ser el muerto la cosa menos importante.

Donde encuentra una casa, la comitiva fúnebre se detiene a conversar, a beber café y aguardiente. Si a más de sed hay hambre, los propietarios de la casa improvisan un almuerzo con el sacrificio de un cerdo o varias gallinas, como contribución al duelo. Pero el motivo del viaje no penetra a la casa. El muerto es abandonado en un lugar distante de la vereda, desde donde no llegue el acre testimonio de que tiene más de veinticuatro horas.

Del lugar menos distante de La Sierpe a las primeras casas de La Guaripa los dolientes más urgidos no transportan un muerto en un día. La carga es demasiado incómoda de llevar a través del pantano y a esa circunstancia se recargan la parsimonia y la indiferencia de quienes convierten el viaje en una buñolosa y pintoresca travesía. Generalmente, un cadáver que abandona su casa acompañado por media docena de personas, llega a La Guaripa seguido por un grupo de más de veinte, pues a lo largo del camino se incorpora a la comitiva todo aquel que tiene un viaje aplazado por falta de buena compañía. O una juerga aplazada por falta de oportunidad. Durante un día y media noche, cuando menos, el grupo chapalea en el pantano, abriendo trochas, bebiendo, conversando, conduciendo una caja por cuyas junturas se escapa el espeso tufo del muerto. Sólo cuando llegan a las tierras secas de La Guaripa los dolientes procuran recuperar el tiempo perdido y se echan a trotar.

El muerto alegre

Aquello no es un capricho. Es una ceremonia. Quien ha oído hablar de La Sierpe, tiene también noticia de una de sus más patéticas prácticas: *el muerto alegre*. Es la dramática ceremonia a través de la cual el cadáver informa a quienes lo llevan a la sepultura, si está conforme o insatisfecho con su estado.

Como el cadáver no es amortajado, sino colocado en una caja hecha sobre medidas imprecisas, el cuerpo no ajusta siempre en el ataúd. Cuando el cortejo se echa a trotar en los terrenos secos de La Guaripa, el cadáver desajustado golpea contra las tablas, al compás del trocillo alegre de quienes lo conducen. En determinadas circunstancias el cuerpo no da turnos dentro de la caja y sus conductores consideran su silencio como una confesión de su incomodidad en la muerte. Pero en la mayoría de los casos el cadáver golpea, adquiere y conserva el ritmo del trote. Esa señal precipita el regocijo de la comitiva y estimula la juerga.

“Va alegre el muerto. Va alegre el muerto”, gritan entonces los sencillos habitantes de La Sierpe, que irrumpen jadeantes y dichosos en la calle de La Guaripa, donde vienen a sepultar un cuerpo maltratado y descompuesto. El cadáver de un hombre que fue justo y pregoná, con fuertes y acompasados golpes de su cabeza contra las tablas, que se siente feliz en el paraíso

Final en “zafra”

En dos casos se canta la “zafra” en los campos del departamento de Bolívar: en la recolección de las cosechas y durante la cavación de las sepulturas. En La Sierpe se conserva esta práctica, sólo para el últi

mo de los casos. Así que cuando el cortejo llega al cementerio con el muerto alegre, el sepulturero está aguardándolo al borde de la fosa y lo saluda con una tonada afilada y vibrante, original de la región, cuya extraña belleza y cuy desconcertante sabiduría recuerdan por algún motivo las coplas de Jorge Manrique. La tonada tiene un nombre sencillo: "La zafra del dolor profundo".

La zafra del dolor profundo

El ataúd es una nave
que el que se embarca no vuelve.
Es un sueño para siempre
que tan sólo Dios lo sabe.

Este mundo es una bola
que en sus vueltas nunca pára,
lo que no es hoy es mañana
si no en esta misma hora.
Pero se creen muchas personas
que la plata en todo vale;
Dios es un ser muy notable,
da lo bueno y da lo malo.
Hecho del cedro que es palo
el ataúd es una nave.

Las torres más elevadas
de aquel verdadero templo,
se han de caer con el tiempo,
más tarde, y nunca se paran.
Porque es una verdad probada,
dicen los inteligentes,
que el que tiene es el que pierde:
el pobre no pierde nada.
Esto es un mar que no pára,
que el que se embarca no vuelve.

Es muy cierto que la plata
infunde mucho respeto,
pero en llegándose el tiempo
la muerte a todos nos mata.
Quien creyere que se salva
con plata y sin tener suerte
no sabiendo que la muerte
mata al pobre y mata al rico.
Que por disposición de Cristo
es un sueño para siempre.

La memoria no me da
para explicarme más claro,
pero Dios en realidad
da lo bueno y da lo malo.
Esto pronuncian mis labios:
el hombre debe ser suave,
tener buenas amistades
y no hacer mal a ninguno.
Tantas vueltas que da el mundo
que tan sólo Dios lo sabe.

(Abril, 1954)

ALVARO CEPEDA SAMUDIO

En Barranquilla —donde las apariencias indican que no se lee, y hay tres librerías en las que Faulkner se agota en 48 horas— Alvaro Cepeda Samudio, un muchacho de 27 años que por lo menos ha pasado diez en los salones de cine y otros diez en los bares, acaba de publicar un libro de cuentos colombianos vividos en Nueva York. Hay algo estrafalario en todo eso, como en la misma persona del autor, que tiene —y él lo sabe, tal vez demasiado— cierto aire de chofer de camión y al mismo tiempo de contrabandista de sueños. *Todos estábamos a la espera*, se llama el libro, ilustrado con unos extraordinarios dibujos de Cecilia Porras, quien parece haber desentrañado a cada cuento su recóndita esencia autobiográfica, y ha llenado la edición con retratos de Alvaro Cepeda Samudio vestido de payaso, vestido de estudiante de Columbia, vestido de hombre común y corriente. Alvaro Cepeda Samudio vestido de casi todo lo que él ha sido o ha querido ser en la vida.

No ha sido fácil publicar este libro. Quienes conocen a Alvaro Cepeda Samudio apenas superficialmente, no entienden cómo hace para escribir sus cuentos. Quienes lo conocen más a fondo lo entienden menos. Aunque en alguna parte del mundo haya vivido más de dos años consecutivos, Alvaro Cepeda Samudio no ha permanecido quieto más de una hora en toda su

vida. Sus cuentos serían explicable si se demostrara que los ha ido escribiendo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, en las paredes, en las mesas, detrás de las puertas. Uno no puede entender que un día se haya sentado frente a una máquina y hubiera escrito y luego corregido y por fin puesto en su forma definitiva, una cosa tan hermosa y lograda como "Hoy decidí vestirme de payaso". Pero el caso es que lo ha escrito —y ocho cuentos más— con el mismo cuidado con que ha leído, sin que nadie entienda cómo ni cuándo a Saroyan y a Faulkner, a Joyce y a Hemingway, y a todo Pío Baroja y Arturo Barea y Benito Pérez Galdós, y a otros muchos escritores heterogéneos, algunos de los cuales tan extraños que parecen inventados por él mismo.

Germán Vargas y Alfonso Fuenmayor, dos compañeros de Alvaro Cepeda Samudio que si alguna vez en su vida hubieran tenido un millón de pesos ya se lo habrían gastado en aventuras editoriales, fueron quienes en cierta manera le pusieron orden a ese desorden ambulante, atropellado y vital. No sé cuándo se supo que Alvaro Cepeda Samudio escribía cuentos. Se sabía desde hace tiempo que escribía unas cosas extrañas e inteligentes en los periódicos, y que tenía una vocación, un instinto de periodista que le sirvió de pretexto para pasarse dos años en Nueva York, matriculado en la Universidad de Columbia, y en realidad llenándose de personajes en el subway, en los puentes y en los bares, por donde andaba con las mismas camisas a cuadros y los mismos pantalones de mecánico de automóviles que usa en Barranquilla. Un día, después de tanto dar vueltas sin que se sepa realmente alrededor de qué, sin que haya podido poner en práctica sus conocimientos y su vocación de periodista en la forma en que él lo desea, Alvaro Cepeda Samudio dijo que tenía escrita una cantidad de cuen-

tos suficiente como para publicar un libro. De esto hace ya como tres años y desde entonces el libro estaba saliendo sin salir, porque en realidad no se sabía con mucha exactitud dónde estaban los borradores. De algún cine continuo, donde estaba viendo un endiablado salpicón de películas mexicanas con los pies trepados en los asientos del frente, lo desenterraron Vargas y Fuenmayor, para que dijera dónde estaban los cuentos. Fue preciso buscar por toda la costa atlántica una camioneta que Alvaro Cepeda Samudio había vendido el año anterior, y en cuya guantera se habían ido enredados los originales, que ni siquiera figuraban en el contrato. Ahora el libro está en las vitrinas, y me imagino que para que eso fuera posible debieron de tener al autor por lo menos durante ocho días metido dentro de una camisa de fuerza.

Muchas de las personas que dudaban de que Alvaro Cepeda Samudio escribiera cuentos, tendrán que convencerse ahora leyéndolos en el excelente volumen que ha editado y está distribuyendo "Librería Mundo", de los hermanos Rondón, quienes hicieron posible que culminara esta benéfica y necesaria confabulación. Son cuentos, como lo dice el epígrafe, de "hombres y mujeres que yo he visto en un pequeño bar de Alma, Michigan; esperando en una estación de Chattanooga, Tennessee; o simplemente viviendo en Ciénaga, Magdalena". Porque todo esto empezó en Ciénaga, durante la prosperidad de las bananeras, que le sirvió a Alvaro Cepeda Samudio para que el cine fuera un buen negocio y poder empezar por el principio a aprender todo lo que ahora sabe de cine.

Todos estábamos a la espera, son cuentos nostálgicos. Escritos por un hombre que vive lamentándose intimamente de que no se haya inventado un tren que lo lleve a sus recuerdos. Así me explico yo su permanente y un poco agresiva inconformidad, y así me ex-

plico estos cuentos en que los personajes viven en un tiempo que quiere ser presente y no es más que una desolada y hermosa tentativa de reivindicación del pasado. Por eso son sinceros. Leyéndolos, sus amigos entendemos ahora por qué escribió Alvaro Cepeda Samudio estos cuentos: son fragmentos de cartas que se quedaron sin escribir, párrafos inéditos de aquellos periodísticos telegramas que nos mandaba de los Estados Unidos, y que por no venir por cable sino por correo llegaban con la precisa cantidad de retraso que necesita una noticia para empezar a ser recuerdo. El resultado tenía que ser este libro, que es un libro de pequeñas y humanas noticias de los Estados Unidos, escritas por un periodista que no tuvo dónde publicarlas a tiempo, ni tiempo para escribirlas a tiempo, y que de tanto llevarlas adentro, atragantadas, le salieron revueltas con un maravilloso cisco de poesía. Y escritas en un tono de inocencia, con la perpleja candidez de quien está descubriendo el mundo todos los días, porque nunca ha podido o querido entender con claridad dónde termina el circo y dónde comienza la vida.

Todos estábamos a la espera es, para mí modo de interpretar las cosas, el mejor libro de cuentos que se ha publicado en Colombia. A otros —tal vez a la mayoría— parecerá discutible esa afirmación, pero sin duda todos estarán de acuerdo en que es el más interesante.

(Agosto, 1954)

